

Carpentier,
según Vázquez
de Sola.



mienza muy exactamente en el año de mil novecientos treinta y siete, con el batallón Abraham Lincoln, de las Brigadas Internacionales, en la guerra de España. Ese batallón constituye un ejemplo sumamente interesante, porque estaba integrado en gran parte por latinoamericanos. Se han escrito novelas sobre las Brigadas Internacionales, pero no específicamente sobre este batallón.

"Alrededor de mil cubanos fueron a defender a la República; la mayoría se incorporaron en el batallón Lincoln, y otros estaban integrados en otras brigadas. El pintor Wilfredo Lam fue uno de los primeros en alistarse, y Pablo de la Torriente Brau, uno de mis compañeros del grupo Minorista, murió en Majadahonda. Entre los cubanos había varios médicos, que se desplazaron a España con sus equipos sanitarios y todo. Había un contingente formidable de mexicanos que eran, numéricamente, los segundos. Y después, puede decirse que en ese batallón de las Brigadas estaban representados todos los países latinoamericanos. Había catorce de aquí, veinte de allá... Jamaica tenía uno; de Venezuela había veintitantos; de Brasil, alrededor de treinta, etcétera.

"Esta novela empieza, pues, en medio de estos combatientes; sigue la acción entre distintas vicisitudes, hasta el triunfo de la Revolución cubana, y termina con la bata-

lla de playa Girón, porque me parece que este hecho marca un hito capital con la Historia contemporánea de América, puesto que es la primera victoria de un país latinoamericano contra el imperialismo del Norte. Estudio las vicisitudes de una serie de personajes a través de las convulsiones de la época, desde la guerra de España y el asesinato de Lorca, hasta hoy. Es una novela eminentemente política. Si ya "El recurso del método" es bastante política, ésta lo es mucho más aún. Creo que va a ser, entre mi obra, si es que esto merece interés por parte de los lectores, mi gran novela política.

R. Ch.—Para terminar: ¿Está usted contento por haberse llamado Alejo Carpentier? Mejor dicho: ¿quién le hubiera gustado ser, de no haber sido Alejo Carpentier?

A. C.—Siendo músico, amigo de muchos directores de orquesta, de compositores, colaborador de Darius Milhaud, de Edgar Varese, íntimo de Erich Kleiber, de Francis Poulenc, autorizado por Strawinsky para utilizar la primera página de la "consagración" en mi novela: como los músicos, nunca fui capaz de bailar, ni siquiera medianamente.

"Así que: ¿el hombre que me gustaría haber sido?: sin duda, ¡Fred Astaire! ■

Declaraciones recogidas por
RAMON CHAO
Foto: ANTONIO GALVEZ

Por consideración especial de Alejo Carpentier, TRIUNFO ofrecerá a sus lectores, en el próximo número, el primer capítulo de "La Consagración de la Primavera", obra inédita del gran escritor cubano.

Los
Contem
porá
neos

UNA IMAGEN DE ALEJO CARPENTIER

ALEJO Carpentier, ahora premio Miguel de Cervantes —el pequeño Nobel para los escritores de lengua hispana—, me contó una vez un milagro chino, en una terraza soleada de Tánger. Carpentier habla de todo y tiene un estilo coloquial tan importante como el estilo escrito: una capa de frivolidad y humor sobre un fondo profundo y serio. Hablábamos del tabaco como dos grandes expertos: yo, como tabacómano desesperado, él como tabaquista, como cubano que sabe todo del producto nacional —Carpentier sabe todo de todo—. Se fuma incesantemente cuando se escribe: se fuma para escribir, hasta el momento en que se advierte que ya se escribe para fumar, se vive para fumar. Contaba él que García Márquez escribía menos de lo que hubiera podido y querido porque fumaba demasiado mientras escribía: para cortar de fumar, cortaba de escribir.

Y entonces contó el milagro chino. Siendo diplomático de su país en China —ahora es embajador en París— sufría los tormentos del tabacómano. Y un médico chino le recetó unas pildoritas. Tomó una, le entró sueño, durmió. Al despertar, tomo la siguiente; y le entró sueño y se durmió. Cuando agotó la dosis prescrita y se le fue el sueño, se encontró con que ya no fumaba más. Ni para escribir. Ya no vivía para fumar: vivía para vivir.

No sé por qué es esta imagen la primera que se me viene al recuerdo cada vez que leo el nombre de Alejo Carpentier, este revolucionario tranquilo y sereno, este barroco de los tiempos nuevos de Cuba y del mundo. Es probablemente una injusticia de la memoria, que debía recordar, sobre todo, los libros de Alejo Carpentier y su riquísimo lenguaje, y su fuerte narrativa, y su capacidad para describir personajes y situaciones. El Alejo Carpentier de "Los pasos perdidos" o el más pequeño de "La guerra del tiempo" y el "Derecho de Asilo". O el más de ahora y de siempre, "El recurso del método".

Recordamos de las personas detalles, momentos. La memoria es siempre selectiva y se apodera de aquello que más le conviene. O que menos le conviene, muchas veces. A mí me convenía el milagro chino de Alejo Carpentier y esta injusta madre, la memoria, lo recalco sobre los otros recuerdos que debían nutrir la cultura más que el morbo del tabaco. Pienso siempre, desde entonces, en las pildoras chinas. Y muchas veces, al encender ese cigarrillo que ya empieza a ser áspero y a quemar la boca, al aspirar esa nicotina que va pasando directamente al estómago: ese cigarrillo que ya avisa de que está matando, como un enemigo leal, y por eso es el que más gusta, vengo a pensar en Alejo Carpentier y en el milagro chino. Y la injusticia llega ahora a pensar que aunque sólo fuera por haber dejado de fumar, merecería el Premio Miguel de Cervantes y, desde luego, el Nobel.

Que merece por las verdaderas razones. Porque ha contribuido a que el castellano no sea una lengua muerta: la estábamos matando en España, y los hispanos —o los latinos, o como se les quiera llamar— la guardaron y nos la están devolviendo. Aunque presumiéramos de milenarismo del idioma. Uno de los grandes guardianes del idioma es este Alejo Carpentier revolucionario, embajador y escritor grande.

Y, además, dejó de fumar. Aunque necesitase un milagro chino.

POZUELO